

Medicina sin balones de oro

Berta Gilbert Montero

Residente en Medicina Familiar y Comunitaria. CAP Santa Eugènia de Berga. Barcelona

«Se necesitan dos piedras para hacer fuego.»
Louisa May Alcott

Reconozco que a menudo me dejo llevar por la pasión que siento por el baloncesto, y probablemente, por este motivo, acabo extrapolando situaciones que se producen dentro de un equipo o de un club a otras circunstancias de la vida cotidiana. Según mi experiencia, el mundo del baloncesto está lleno de gente fantástica con la que no te cansas de hablar y aprender. Pero, por desgracia, como en todas partes, hay excepciones: jugadores (no necesariamente los mejor dotados ni los más trabajadores) sin sentido de equipo, individualistas y egocéntricos; también entrenadores prepotentes que anteponen la victoria por encima de todo, incluso en categorías de formación, y directivos incompetentes que hacen muy difícil el buen funcionamiento de los clubes.

¿Y por qué explico esto? Porque la vida, según mi forma de ver, es como el baloncesto. En mi recién iniciada profesión, soy médica residente de Medicina Familiar y Comunitaria en un área básica rural de la Catalunya Central, he tenido la suerte o la desgracia de vivir el gran esfuerzo de los profesionales de servicios esenciales ante la actual situación de pandemia por la COVID-19. También la dedicación y profesionalidad, antes y durante la irrupción del virus, del personal sanitario en su conjunto. Me enorgullece pertenecer a esta profesión y espero ser una buena médica en un futuro no muy lejano, una vez completada mi formación. Pero, por desgracia, como en todas partes, repito, hay excepciones. Había sido advertida de que me encontraría con la evidencia de casos históricamente consolidados de individualismo, disgregados de la actitud mayoritaria, paternalistamente condescendientes con los nuevos y los no tan nuevos médicos y médicas, con un tono pedante, como de infalibilidad papal.

Como en el baloncesto, todo el mundo tiene derecho a reivindicar su merecido protagonismo en el rol que le ha tocado desempeñar. Es normal. Pero ni en el baloncesto ni en ningún otro ámbito me parece correcto que algunas personas alardeen hablando del «trabajo en equipo» y simultáneamente alimenten un ego desbocado, tal y como me ha parecido ver en miembros del colectivo sanitario. En este sentido, me ha sido posible observar que, en este tópico del «trabajo en equipo», el colectivo de enfermería –por poner un ejemplo– nos lleva unos cuantos puntos de ventaja a los señores doctores y doctoras. Y es que trabajar en equipo va mucho más allá de trabajar en grupos o comisiones, trabajar en equipo requiere humildad, esfuerzo, cooperación y, en ocasiones, sacrificios.

Creo que en una situación de emergencia como la actual haría falta, más que nunca, aceptar las eventuales pérdidas de protagonismo. Internistas, anestesistas, intensivistas e urgenciólogos se llenan la boca de arrogancia recordando como son de necesarios ahora que la situación es cuesta arriba; como muchos médicos de familia, habitualmente poco ingeniosos y demasiado modestos, que aprovechan la oportunidad, entre lamentos y quejas, para reclamar la atención y reconocimiento que nunca les ha dado el sistema; como tantos cirujanos anhelan recuperar su estatus habitual ahora que su rol ha quedado provisionalmente en segundo plano. Tampoco me queda nada claro que las personas no sanitarias con responsabilidades para hacer frente a la pandemia no tengan actitudes

similares: discusiones políticas y autoatribuciones de méritos discutibles, en lugar de dirigir discretamente aquello que simplemente les corresponde gestionar con eficiencia. A mi entender, la medicina es como un deporte de equipo, y en los equipos no debería haber pelotas de oro, porque ¿qué serían Laia Palau y Sílvia Domínguez sin sus respectivos equipos con funciones menos brillantes?

Y sí, es cierto: todo el mundo ha hecho un esfuerzo, todo el mundo ha trabajado muchísimo, todo el mundo ha estado expuesto a riesgos no habituales, todo el mundo ha dormido menos, pero algunas flechas envenenadas con vedetismo siguen sobrevolando los diferentes servicios de medicina, entre –no lo olvidemos– «compañeros». Y por lo que he oído, me temo que esto no es una novedad de carácter circunstancial derivada de una situación difícil y tensa. Dentro del colectivo médico parece ser que las excepciones son más bien una constante, un tipo de enfermedad crónica.

En fin, liderar o dirigir un grupo de deportistas de elite debe ser una tarea ardua, no tengo ninguna duda. Pero pedidle –por ejemplo– a Pep Guardiola que dirija un equipo de médicos, quizás quedarían cortos los egos de los futbolistas.